

puesto á echarse con cincuenta mil combatientes en defensa de Murat, dado que el enemigo asomase con fuerzas respetables en alguno de los desfiladeros. En cuanto á los cuerpos de Soult, Davout, Marmont y Bernadotte, nada arriesgaban; no había peligro para ellos sino después que, atravesada la falda de los Alpes de Suabia, se entrara en las vegas de Nordlingen. Podía suceder en efecto, que el general Mack, si con tiempo llegaba á saber aquel movimiento, se replegase desde Ulm á Donauwerth, que pasara el Danubio, y en los llanos de Nordlingen presentara la batalla para detener á los franceses; pero no se había descuidado Napoleón en ordenar las cosas de modo que Murat, Ney, Lannes, y con ellos los cuerpos de los mariscales Soult y Davout por lo menos, maniobraran ya juntos el 6 de octubre entre Heidenheim, Oettingen y Nordlingen tratando con sus evoluciones de enseñar al enemigo una fuerza imponente. Con todo, su principal cuidado estaba en ver de mantener á Mack en su ilusión cuanto tiempo se hiciera menester para ocupar el Danubio en Donauwerth, antes de que aquel general abandonase su posición de Ulm. Desde el 4 al 6 de octubre todo continuaba bajo auspicios verdaderamente halagüeños. Hacía un tiempo magnífico; los soldados, bien calzados y bien abrigados, caminaban llenos de contento, siendo ciento ochenta mil los franceses que de esa manera se iban adelantando en una línea de batalla de veintiséis leguas, con su derecha en los montes, su izquierda en dirección convergente hacia las llanuras del alto Palatinado, con la ventaja de echar en pocas horas á una de sus alas de noventa á cien mil combatientes, y lo más admirable de todo, sin que los austriacos tuviesen la menor idea ni recelo de una tan vasta empresa.

«Los austriacos, escribía Napoleón á Talleyrand y al mariscal Augereau, están al desemboque de la Selva Negra: Dios quiera que allí se mantengan!. Lo único que yo recelo es que nuestra presencia los lleve á asustar demasiado... Como me dejen acabar algunas jornadas, me prometo verme á su retaguardia con todo mi ejército acampado entre el Lech y el Isar.»—Y al ministro de policía le dijo entonces: «No consintáis que las gacetas del Rhin hablen del ejército: que se conduzcan como si tal ejército no existiere.»

Para que las tropas de Bernadotte y de Marmont pudiesen concurrir al punto que se les había señalado, menester era que atravesasen una de las provincias que la Prusia poseía en Franconia, la provincia de Anspach. No hay duda en que con aproximarlas un poco más hacia las que marchaban á las órdenes de Davout, bien hubiera podido conseguir el emperador igual objeto, sin necesidad de tocar al territorio prusiano; pero iban ya todos los caminos cubiertos de gente, y recargarlos todavía habría sido un mal contra el orden de las marchas y contra el de los mantenimientos, siendo también de cuenta el que cuanto más se estrechara el círculo descrito por aquel ejército, con menos probabilidades de acorrallar al enemigo se quedaba. Napoleón apetecía abarcar con sus tropas el curso del Danubio hasta Ingolstadt, para recorrerlas después lo más lejos que se pudiera á espaldas de los austriacos, y cortarles el paso, dado que desde el Iller hubiesen retrocedido al Lech. Como el estado de sus relaciones con la Prusia no le dejara suponer que esta potencia pudiera pensar en sa-

lir contra sus designios; como sin oposición ninguna se habían atravesado en las guerras anteriores esas provincias prusianas de Franconia, por considerarse apartadas de la línea de neutralidad; en fin, como ningún aviso pareciera esta vez en contra de ese uso establecido, sin el menor escrúpulo dispuso Napoleón del territorio prusiano incluyéndole en el itinerario señalado á Marmont y á Bernadotte. A la frontera acudieron al instante las autoridades prusianas protestando en nombre de su soberano contra la violencia que se les hacía; pero se les respondió con las órdenes de Napoleón, se invadió el territorio, pagando contante todo cuanto se tomaba, y guardando una rigurosa disciplina. Como los paisanos vieron desde luego que nuestros soldados les pagaban muy bien el pan y la carne que les pedían, no se mostraron muy quejosos de la pretendida violación de su país.

Sin accidente alguno estaban ya el 6 de octubre nuestras seis divisiones fuera de los Alpes de Suabia, en Heidenheim el mariscal Ney, Lannes en Neresheim, Soult en Nordlingen, Davout en Oettingen, Marmont y Bernadotte en el camino de Aichstedt, todos ellos abocados al Danubio y mucho más allá de Ulm.

¿Qué hacían entretanto el general Mack, el archiduque Fernando y todo el estado mayor del ejército austriaco? Mucha fortuna fué que no penetraran las miras de Napoleón. Los cuarenta mil hombres que habían pasado el Rhin por Strasburgo, y que al instante se plantaron en la entrada de los desfiladeros de la Selva Negra, fueron para los austriacos una prueba patente de que los franceses seguirían la ruta acostumbrada, y en esa idea se aferraron más y más cada día, merced á los embustes que les referían los espías que con mucha maña despachaba Napoleón. Si que habían oído hablar de algunas fuerzas francesas diseminadas en Wurtemberg, mas suponían que era su única misión ocupar los Estados secundarios de Alemania, ó acaso proteger á los bávaros. Como quiera, nada tan contradictorio, nada tan confuso como el decir de los espías y de los oficiales mandados al reconocimiento del enemigo. Unos aseguraban haber visto ejércitos enteros allí donde no había sino tal ó cual destacamento; otros sostenían la pura y simple existencia de varios pelotones, donde en realidad hubieran debido reconocer la reunión de varias divisiones; veces hubo en las cuales daban cuenta de lo que no habían visto, contentándose solamente con lo que de oídas les referían paisanos llenos de terror, de sorpresa ó de admiración. La policía militar miente, exagera y se contradice con la misma facilidad que la policía civil. Y de entre ese caos de embustes, todavía saca la verdad un entendimiento privilegiado; pero el común se pierde en él, máxime cuando le sojuzga la ilusión, cuando está en que el enemigo debe venir por tal punto más bien que por tal otro, porque entonces no se acierta á interpretar los datos adquiridos sino en un solo sentido, en aquel que más se auna con la pre-ocupación dominante. He ahí de dónde provienen esos enormes desatinos que son en ocasiones la perdición de los ejércitos y de los imperios.

En esta situación se encontraba entonces el entendimiento del general Mack. Hacía ya mucho tiempo que los generales austriacos no cesaban de ponderar la excelencia de la posición, que apoyando su derecha en

Ulm y su izquierda en Meningen, daba frente á los franceses que desembocarían por la Selva Negra; y á favor de una opinión tan general y obedeciendo además á órdenes terminantes, en esa posición vino á colocarse Mack. Allí tenía sus provisiones de boca y guerra, y nunca quiso figurarse que aquel punto dejara de ser sobrado conveniente. La única precaución que hubo de tomar para guardar su espalda fué enviar el general Kienmayer con algunos miles de hombres á Ingolstadt á fin de que estuviera á la mira de los bávaros refugiados en el alto Palatinado, y que sirviese también de punto de comunicación con los rusos, que él esperaba por la carretera de Munich.

Mientras que Mack, aferrado en una opinión de antemano formada, se mantenía en Ulm inmóvil, en los llanos de Nordlingen se desplegaban seis divisiones del ejército francés (el 6 de octubre), después de haber corrido los montes de Suabia aprestándose á salvar las aguas del Danubio. En la tarde del 6 fué cuando la división Vandamme, que hacía parte de las tropas mandadas por Soult, adelantándose á las demás se puso á las márgenes del Danubio y ocupó de improviso el puente de Múnster, á una legua más arriba de Donauwerth. El puente de este último punto le tomaron las tropas de Soult en la madrugada del 7 después de haber vencido la débil resistencia que opuso un batallón de Collore-do, que no pudiendo defenderle, trató de cortarle; pero en vano, porque en un cerrar y abrir de ojos le repararon los franceses, poniéndose á la orilla opuesta con la velocidad del relámpago. Murat, que con sus dragones llevaba la vanguardia del ala derecha formada de los cuerpos de los mariscales Lannes y Ney, se adelantó hasta el puente de Múnster ya ocupado por Vandamme; reclamó el paso de ese puente para sus tropas y las que venían tras él dejando el puente de Donauwerth á la división de Soult, y una vez al otro lado del Danubio, echó á escape con su caballería tras un punto de grande interés, á la ocupación del puente de Rain, sobre el Lech. Este río, que corre á espaldas del Iller y casi paralelo con éste para perderse en el Danubio, cerca de Donauwerth, forma una posición avanzada á la de Ulm; de modo que en ocupando el puente de Rain cortados quedaban así el Iller como el Lech, y el general Mack en la imposibilidad casi absoluta de retroceder con la debida oportunidad. Con una sola galopada tuvieron lo bastante los dragones de Murat para arrebatarse Rain y su puente sobre el Lech á los destacamentos de la división de Kienmayer, rotos y arrollados por doscientos caballos, mientras que Soult se establecía en Donauwerth con fuerzas respetables y que Davout se arrimaba al puente de Neuburgo.

A Donauwerth pasó Napoleón en aquel mismo día. Veía realizadas sus esperanzas sí, pero no quería contar por seguro el éxito hasta ver cumplidos cuantos resultados se propuso obtener de esa su maniobra tan maestra. Tenía ya en su poder algunos centenares de prisioneros, y todos ellos anduvieron unánimes en las explicaciones que se les pidieron. El general Mack estaba en Ulm sobre el Iller; formaba su retaguardia Kienmayer, cuyas tropas estaban destinadas á abrir comunicaciones con los rusos, y las mismas que acababan de ser arrolladas y alejadas á la otra parte del Danubio; por tanto, demasiado comprendió Napoleón la importancia

de tomar posiciones entre los austriacos y los rusos para que no pudieran unirse. Si Mack acertaba á resolverse, su primer movimiento debía ser abandonar las márgenes del Iller, replegarse sobre el Lech y atravesar Augsburgo para unirse á Kienmayer en el camino de Munich. Pues he aquí cuáles fueron las disposiciones que sin pérdida de un instante ordenó el emperador. No quiso que la división de Ney pasara á la parte opuesta del Danubio, antes mandó que hiciese alto sobre los caminos que llevan desde Wurtemberg á Ulm y guardase la orilla izquierda de aquel río, es decir, la orilla misma por donde llegaban nuestras armas; Murat y Lannes recibieron orden de pasar á la derecha por los dos puentes que ya se habían ocupado, el de Múnster y el de Donauwerth, y seguir río arriba hasta verse entre Ulm y Augsburgo, para cortar así la retirada á Mack si acaso la intentaba por la carretera que guía desde Augsburgo á Munich. Burgau era el punto intermedio que esos dos jefes debían ocupar. A Soult se le encargó que abandonando la embocadura del Lech, sobre la cual se había apostado, se echase agua arriba de ese afluente del Danubio hasta Augsburgo, llevando consigo las divisiones Saint-Hilaire, Vandamme y Legrand. La cuarta división de las de Soult, mandada por Suchet, iba ya entonces á las órdenes de Lannes. Por manera que si Mack pensaba en retirarse, no le quedaba más remedio que dar con los veinte mil hombres que Ney tenía en la izquierda del Danubio, ó con los cuarenta mil de Murat y Lannes colocados á la derecha, ó en fin con los treinta mil de Soult puestos en el Lech. Ni con esas precauciones se dió Napoleón por satisfecho, antes hizo que Davout marchase inmediatamente á pasar el Danubio por Neuburgo, y no parase hasta despejar el punto de Ingolstadt hacia el cual debían caer los cuerpos de Marmont y de Bernadotte, atrasados dos jornadas de todos los demás, á causa del rodeo que se les hizo dar. Desempeñado ese encargo, Davout había de trasladarse á Aichach, camino de Munich, para acosar las tropas de Kienmayer y formar la retaguardia de las masas que se iban amontonando en los contornos de Ulm. Orden tenían ya las divisiones de Marmont y Bernadotte para que acelerasen sus marchas, pasasen el Danubio por Ingolstadt y se dirigiesen á Munich, en cuya capital debían reinstalar al elector, sin haber estado más que un mes ausente de ella. El honor de esa reinstalación le cupo á Bernadotte, como compañero de los bávaros en aquellas circunstancias, y con semejante medida Napoleón oponía á los rusos que viniesen por Munich, Bernadotte y los bávaros, con más Marmont y Davout, que debían acudir ya á Munich, ya á Ulm para completar el cordón dentro del cual quedaría cerrado el general Mack.

El 8 de octubre se puso el mariscal Soult en movimiento con dirección á Augsburgo siguiendo contra el curso del Lech y sin descubrir á ningún enemigo. Murat y Lannes, encargados de ocupar el espacio mediante el Lech y el Iller, subieron desde Donauwerth á Burgau por medio de un suelo tal cual desigual, y cubierto á trechos de bosques y malezas, ó ya cortado por arroyuelos que llevan su caudal al Danubio. Los dragones eran los que formaban la vanguardia, y fueron á dar con un cuerpo de tropas enemigas mucho más numeroso de cuantos hasta entonces se habían descubierto,

y que se hallaba apostado al frente y en torno de una aldea harto considerable llamada Wertingen. Componíase ese cuerpo de seis batallones de granaderos y tres de fusileros á las órdenes del barón de Auffenberg, de dos escuadrones de coraceros del duque Alberto y de otros dos de caballería ligera de Latour, y venía practicando un reconocimiento por orden del general Mack en consecuencia de comenzarse á susurrar con harta vaguedad que los franceses se habían presentado á orillas del Danubio. Mack se mantenía en la firme persuasión de que aquellos franceses no podían ser otros sino los que seguían á Bernadotte, colocado (según se decía) en Wurtzburgo para defender á los bávaros. Comiendo estaban los jefes de aquel cuerpo cuando llegó el parte de que allí se acercaban los franceses. No es de ponderar cuánto fué su asombro, y en los primeros momentos aún tuvieron por un embuste semejante noticia; pero no tardaron en rendirse á la evidencia y en tomar precipitadamente sus caballos, corriendo á ponerse al frente de sus tropas. Véase antes de llegar á Wertingen un lugarcillo llamado Hohenreichen, en donde había algunos centenares de austriacos de ambas armas, los cuales como estaban abrigados tras las casas de esa población sustentaban un fuego harto incómodo y se hacían respetar del regimiento de dragones que por más adelantado vino á tropezar con ellos. El jefe de escuadrón Excelmans, aquel que más tarde adquirió á fuerza de hazañas un nombre tan sonado, no siendo entonces sino un simple edecán de Murat, en cuanto percibió el estruendo de la fusilería, como rayo disparado corrió al lugar del combate, y con doscientos dragones que voluntariamente echaron pie á tierra y le siguieron cada uno con la carabina en la mano, más que de paso ahuyentó á los austriacos de Hohenreichen. Como en este intervalo llegaran otros nuevos destacamentos de dragones, con mayor empeño se siguió el alcance á los austriacos hasta echarlos de Wertingen (1) y llevarlos á una especie de meseta ó terrera donde se encontraban ya formados en un solo cuadro, no muy extenso, muy compacto y reforzado, los nueve batallones enemigos, cuyos flancos estaban defendidos por la artillería y la caballería. El bizarro jefe de escuadrón Excelmans arremetió inmediatamente á la carga contra ese cuadro, con inaudito arrojo, hasta clavar el pecho de su caballo, que cayó muerto, en las bayonetas austriacas, al mismo tiempo que una de ellas atravesaba también el cuerpo del coronel Meaupetit, que iba á su lado; pero por grandes que fueron los esfuerzos, imposible romper aquella muralla de hombres contra los cuales descargaba el sable de los dragones franceses tajos y reveses, á cuenta de los bayonetazos y los tiros que los granaderos austriacos les disparaban. Llegaron, por fin, á la escena Murat con el grueso de la caballería y Lannes con los granaderos de Oudinot, caminando todos ellos á escape desde que el ruido del cañón co-

(1) Los papeles de aquella época, no menos que las noticias biográficas, pretenden que las palmas de aquel día se debieron al arrojo del barón Beaumont de Carriere, edecán de Murat mientras las campañas de Egipto y de Italia y coronel del 10.º de cazadores ya en 1805. En Wertingen se cuenta que penetró Beaumont el primero con inaudita temeridad, que de entre un sinnúmero de austriacos arrancó un capitán de coraceros sacándole prisionero, con asombro y terror de ambos bandos. Napoleón le hizo general de brigada en los campos de Austerlitz. (N. del T.)

menzó á pregonar el lugar de la refriega. Murat ordenó á sus escuadrones que se arrojasen incontinenti á deshacer el cuadro enemigo, y Lannes se adelantó con sus soldados para coger la falda de un monte que se alcanzaba á ver detrás de los austriacos, á fin de cortarles la retirada; mas como éstos se reconocieran tan recargados por su frente, y expuestos también á verse sorprendidos por la espalda, al instante comenzaron á retroceder con bastante orden, aunque no tardaron en perderle desbandándose al cabo en una confusión completa. Ni un solo austriaco se habría salvado aquel día si Lannes hubiese podido alcanzar algunos momentos antes la falda del monte tras cuya ocupación marchó á galope; con todo, dos mil prisioneros quedaron en nuestro poder, con más algunas banderas y varias piezas de artillería.

Como Lannes y Murat habían visto entre las bayonetas enemigas al jefe de escuadrón Excelmans, de este oficial se sirvieron para que llevase á Napoleón la nueva de aquel primer triunfo y los trofeos arrebatados á los austriacos. En Donauwerth recibió el emperador á ese joven y valiente mensajero, cuyo servicio le valió un grado en la Legión de Honor, mereciendo la honra de que el mismo Napoleón le entregara las insignias en presencia de su estado mayor, para que más sonadas y solemnes fueran las primeras recompensas merecidas en esta campaña.

En ese mismo día (8 de octubre) había entrado Soult en Augsburg sin haber tenido necesidad de quemar un cartucho. Davout había pasado el Danubio por Neuburgo, y caminaba hacia Aichach para ocupar la posición intermedia que le estaba señalada entre los cuerpos franceses que habían de atacar á Ulm y los que se dirigían á Munich para oponerse al paso de los rusos. Marmont y Bernadotte también se disponían ya al paso del Danubio por Ingolstadt con ánimo de bajar á Munich.

No pensando ya Napoleón sino en estrechar más y más cada vez al enemigo en sus posiciones de Ulm, ordenó al mariscal Ney que inmediatamente siguiese río arriba por la orilla izquierda del Danubio, apoderándose de todos sus puentes para facilitar las evoluciones del ejército en ambas riberas, y á Lannes y á Murat que corrieran al mismo tiempo y en el propio sentido la derecha, á fin de contribuir con aquel jefe á poner á los austriacos en mayor estrechez. Ney, tan diligente como era en el cumplimiento de las órdenes que se le transmitían, y más si esas órdenes le despachaban al encuentro del enemigo, ya estaba el 9 sobre las márgenes del Danubio y corriéndolas hasta enfrente de Ulm. Los puentes de Gunzburgo fueron los primeros que llegó á encontrar, y á la división Malher fió el empeño de tomarlos.

Tres eran esos puentes. El principal al frente de un lugarejo llamado Gunzburgo; el segundo un poco más arriba junto á Leifeim, otro lugarcillo; y el tercero á la parte abajo del primero y debajo de Reisenburgo, un pueblecillo también; pues á un mismo tiempo atacó los tres puntos el general Malher: el de Leifeim con un destacamento á las órdenes de un oficial de la plana mayor llamado Lefol, el de Reisenburgo con el 59 de línea, bajo el mando del general Labassé, y el de Gunzburgo, como más importante, con la brigada Marcognet, á cuyo frente se puso el mismo Malher. Irregular en extremo

es el álveo del Danubio por aquella parte, formando una multitud de isletas y de brazos vestidos de sauces y de álamos. Era forzoso atravesarlos, y eso es lo que hicieron los soldados de nuestra vanguardia, arrojándose al agua con ánimo resuelto, vadeando todos sus pasos, venciendo obstáculos y no deteniéndose hasta rendir á doscientos ó trescientos tirolese con el barón de Aspre, general á cuyo cargo estaba puesta la defensa de aquel punto. Nuestras tropas no tardaron en ponerse ante el brazo principal que cubre el puente de Gunzburgo, cortado ya uno de sus ojos por los austriacos al tiempo de replegarse. Malher pensó allanar aquel obstáculo reparando el puente, pero tenían los austriacos á la parte opuesta varios regimientos, una multitud de cañones, y á más de eso las fuerzas tan considerables con que acudió á sostenerlos el archiduque Fernando, como que ya comenzaban á comprender lo grave, lo serio de aquella maniobra emprendida á espalda de sus reales, y querían ver si por lo menos podrían conservar los puentes más inmediatos á Ulm, aunque fuese á costa de enormes sacrificios. Así, horrosas eran las descargas de fusilería y de artillería que disparaban contra las filas francesas, una vez que las vieron fuera de los bosques que vestían las isletas y sobre el cascajal del río, donde con una constancia sin par tuvieron que recibir el plomo mortífero. Tratar de vadear aquel brazo era cosa imposible; fué, pues, preciso que los soldados se arrojasen sobre los tramos del puente para rehabilitarle con tablones; empresa también vana, porque-cuantos trabajadores se arrimaban á los pares (1) otros tantos derribaban las balas enemigas, de suerte que las filas francesas, expuestas todo ese tiempo á la metralla de los austriacos, experimentaron pérdidas terribles, teniendo al cabo que recogerse al abrigo de las arboledas de las isletas por no hacer más desastrosa una temeridad enteramente inútil, y que ya había costado la vida á algunos centenares de hombres.

Los otros dos ataques se habían ejecutado simultáneamente, pero infructuoso el que se acometió en Leifeim, porque los marjales no permitieron llevarle adelante. Con mayor ventura se salió del de Reisenburgo, adonde había concurrido el general Labassé con el regimiento número 59, que desde luego se plantó á orilla del brazo más caudaloso del Danubio. Un ojo habían cortado ya también en este puente los austriacos, mas no tan completamente como el de Gunzburgo, antes permitió el paso á nuestros soldados tras una ligera reparación, con lo cual lograron apoderarse de Reisenburgo y de las cuestras que le dominaban, venciendo la resistencia de fuerzas por lo menos triplicadas. Allí murió el coronel Lacuée peleando á la cabeza de su regimiento, el 59, sobre el cual cayó toda la caballería austriaca en cuanto llegó á verle solo del otro lado del Danubio, que tuvo que formarse en cuadro, sufrir tres cargas desesperadas y rechazarlas valerosamente con descargas de fusilería disparadas á quemarropa, y que por fin quedó dueño del campo de batalla, merced á su heroicidad, digna ciertamente de un recuerdo perenne en la historia.

Dueñas ya nuestras armas de uno de los tres puentes,

(1) Se habla sin duda de un *punte de madera*, ó no fuera exacta la expresión francesa *trouée* y menos aún su inmediata *chevalets*. (N. del T.)

el general Malher bajó, á la caída de la tarde, á Reisenburgo con toda su división; pero los austriacos renunciaron desde entonces á la defensa de Gunzburgo, y se retiraron en aquella misma noche hacia Ulm, dejando en poder nuestro unos mil prisioneros y trescientos heridos.

Las divisiones que iban bajo las órdenes de Ney se reunieron todas en Gunzburgo, y en la mañana del 10 celebraron con gran pompa las exequias del coronel Lacuée, cuya pérdida fué unánimemente llorada. Ney despachó en seguida la división Dupont á la orilla izquierda del río, haciendo que Malher y Loison ocupasen con las suyas la derecha para mantener comunicación con Lannes.

Hasta la noche del 9 se detuvo Napoleón en Donauwerth, desde donde pasó á Augsburg, como punto céntrico para recoger noticias y determinar la dirección que más conviniese á las tropas. En efecto, una vez puesto en Augsburg se veía con Ulm á un lado, Munich al otro entre el ejército de Suabia, cuyo cerco iba él á cumplir, y entre los rusos que según la voz pública debían llegar sin tardanza. Para que Napoleón se alejara una ó dos jornadas de Ulm no hubo otra razón sino su voluntad de concentrar allí el mando de sus armas; y cómo atendiera mucho más á los vínculos de la sangre que no al saber, Murat salió nombrado jefe inmediato de los mariscales Ney y Lannes, cosa que les fué sumamente sensible y atrajo piques harto dolorosos. Era ese uno de los inconvenientes inseparables del nuevo régimen establecido en Francia; pues si no hay duda que con la república van las rivalidades rencorosas, lleva en cambio la monarquía la condescendencia con la parentela. Así Murat vino á verse al frente de unos sesenta mil hombres para hacer que el general Mack se mantuviese inactivo bajo las murallas de Ulm.

Quando Napoleón entró en Augsburg allí estaba ya el mariscal Soult con el cuarto cuerpo de ejército. Davout se había establecido en Aichach; Marmont iba á unirse con él, y Bernadotte marchaba para Munich. Era pues la situación del ejército francés casi idéntica á aquella en que se encontró en Milán, cuando después de haber vencido tan milagrosamente los despeñaderos de San Bernardo, fué á ponerse á retaguardia del general Melas, ansioso de acorralarle y sin saber cuál dirección tomar para lograrlo. Igual incertidumbre reinaba entonces respecto á los proyectos que Mack pudiera haber concebido. Harto se torturaba Napoleón para ver de adivinar lo que Mack trataría de hacer á vista de un peligro tan inminente, mas no era fácil prever lo que ni el mismo general austriaco tenía pensado. No cuesta tanto el leer en el pensamiento de un hombre resuelto como en el del indeciso, y sino fuera porque la incertidumbre puede acarrearle á uno su ruina de la noche á la mañana, de cierto sirviera el día antes para deslumbrar al enemigo. En medio de esa duda, Napoleón salió suponiendo en la mente de Mack un plan el más racional, esto es, el plan de huir con sus tropas hacia el Tirol. Efectivamente, con dirigirse aquel general por Meningen á la izquierda de Ulm, solas dos ó tres jornadas le ponían en el Tirol por Kempten, logrando así incorporarse con el ejército que guardaba la cordillera de los Alpes y con el que ocupaba la Italia. Ahí estaba el puerto de su salvación, ahí el medio de contribuir á la forma-